

CATALUÑA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Matías RAMISA VERDAGUER¹

Debo agradecer a los compañeros de la Asociación Española de la Guerra de la Independencia, y a los responsables del Instituto de Historia y de Cultura Militar, la oportunidad que me han brindado de venir a Madrid para exponer mi visión de la Guerra de la Independencia en Cataluña, un tema por el que he sentido verdadera afición, casi fervor, desde los lejanos tiempos de mi tesis doctoral. Conocía Madrid desde la época del servicio militar, y, mientras montaba guardia en las garitas del cuartel de Ingenieros de Campamento, poco podía sospechar que volvería a esta ciudad en diversas ocasiones para escudriñar en sus archivos y en la Biblioteca Nacional los detalles que guardan sobre la guerra de la Independencia en Cataluña.

La verdad es que empecé el estudio de este conflicto movido por la visión romántica que de él se desprendía a partir de una cierta historiografía, con los migueletes y los somatenes luchando cuerpo a cuerpo contra el francés en las escarpadas montañas del Principado, con los paisanos y soldados rechazando heroicamente al invasor en el Bruch y en Gerona y Tarragona, y con pueblos enteros hostigando las tropas imperiales a su paso por la localidad con todo tipo de objetos y de armas. Todo ello reflejado en las valiosas litografías de Langlois y de Laborde, y en otros dibujos y grabados de procedencia autóctona. Pero este tema me interesaba también por el relativo desconocimiento en que parecía hallarse, salvando los aspectos militares. Me fascinaba conocer la vertiente local de la guerra y por ahí empecé. Después fui en busca de documentación a los grandes archivos franceses y españoles.

¹ Profesor de la Universidad de Vic.

Poco a poco he ido construyendo mi propia y modesta visión de la guerra de la Independencia en Cataluña. El concepto heroico que tenía de la misma al principio se ha ido matizando a partir de realidades incuestionables como la desertión, la delincuencia, la corrupción administrativa y el rechazo masivo a pagar las contribuciones para sostener la resistencia. La idea de *guerra limpia* se ha esfumado a la vista de las crueldades, de las miserias individuales, de las destrucciones, de la pobreza y de la mortalidad engendradas por el conflicto, que se abatieron especialmente sobre la población desamparada. Tampoco la aparente cohesión de cada bando ha resistido el análisis de la documentación: las desavenencias entre los generales franceses, y de éstos con la administración civil, fueron una constante que acabó frecuentemente con la paciencia de Napoleón; en el lado patriota las cosas no fueron mejor, agravadas aquí por una menor consistencia del ejército regular y una tensión constante entre políticos y militares.

Y es que detrás de cualquier hecho histórico aparece siempre la complejidad aportada por el factor humano, y la Guerra de la Independencia no es una excepción. Pero esta complejidad no debe impedir ver las líneas de fuerza que resaltan de un cuadro que parece más contradictorio a medida que uno acerca el punto de mira. Curiosamente, pienso que los aspectos relevantes que sobresalen en este caso no distan demasiado de la historia de la guerra que aprendí en el bachillerato: un ejército francés casi invencible, un pueblo decidido a resistir hasta el último aliento –a menudo heroicamente– con todos los medios a pesar de la fragilidad de su aparato militar y político, y un objetivo patriótico quizás más presente en Cataluña que en otros lugares de España.

La guerra

Todo empezó cuando un ejército francés de unos 15.000 hombres dirigido por el general Guillaume Philippe Duhesme cruzó el paso fronterizo de La Junquera el día 9 de febrero de 1808 y se dispuso en secreto a ocupar las principales fortalezas catalanas. Conseguida la captura audaz de Figueras y Barcelona, Duhesme tuvo que enfrentarse desde principios de junio a una virulenta insurrección popular que estalló en todo el Principado, y que dejó a las tropas napoleónicas sumergidas en un ambiente hostil. La estancia de los soldados imperiales en Cataluña empezó a ser muy poco confortable, y así siguió a lo largo de todo el conflicto.

Mientras el general Reille reforzaba el castillo de San Fernando de Figueras, Duhesme trató de alejar de Barcelona a los guerrilleros –somate-

nes y migueletes— y a los restos de la guarnición española con intervenciones de una gran dureza, intentando expandir el terror para salvar su precaria situación. Pero las derrotas imperiales del Bruch y las dos expediciones frustradas contra Gerona —de junio a agosto de 1808— dieron ánimos a la resistencia catalana, que en octubre recibió refuerzos de otras regiones españolas y en noviembre dispuso el cerco de la misma Barcelona.

De todos modos, ya entonces había atravesado la frontera el poderoso Séptimo Cuerpo de Ejército del general Saint-Cyr, que tomó la plaza de Rosas después de una metódica operación de sitio, y que se dirigió luego a Barcelona para levantar el bloque patriota. El talento de Saint-Cyr y los errores del capitán general Juan Miguel de Vives causaron la derrota total del ejército español en Cardedeu y Molins de Rei en diciembre de 1808. El camino hacia Tarragona, capital patriota, parecía despejado, sobre todo después de la nueva derrota en Valls del sucesor de Vives, Teodoro Reding. El conjunto de tropas francesas, con unos 40.000 hombres, superaba al ejército regular español en Cataluña.

Saint-Cyr se acercó a Tarragona, repleta de refugiados, pero no se atrevió a tomarla por falta de medios y de víveres. Prudentemente, en marzo de 1809 retrocedió hacia las comarcas próximas a Gerona para aprovisionarse y colaborar en el ataque a esta plaza fuerte, que obstaculizaba las comunicaciones de Barcelona con Francia. Allí se encontraba ya el general Verdier, con el que Saint-Cyr se negó a coordinar los movimientos. Destituido por Napoleón y nervioso por la tardanza del sucesor Augereau, Saint-Cyr abandonó despechado su puesto en setiembre de 1809 y fue arrestado al llegar a Francia. Finalmente, Augereau ocupó la plaza de Gerona el 10 de diciembre después de un terrible sitio, bien conocido.

Entonces, el ejército francés de maniobra se adentró hacia el interior de Cataluña, conmocionada por la pérdida de Gerona, que el capitán general español Joaquín Blake no había conseguido defender. Souham derrotó al sucesor de Blake, Enrique O'Donnell, en la batalla de Vic, y Augereau ordenó el sitio del estratégico castillo de Hostalric. En marzo de 1810 un ejército imperial sin Augereau emprendió una nueva ofensiva contra la *Baja Cataluña* transitando por un país desolado, pero tuvo que retroceder nuevamente en condiciones catastróficas por falta de provisiones, con la consiguiente indignación del Emperador. Augereau incluso perdió la línea del Llobregat, y se replegó a Gerona, mientras la guarnición de Barcelona estaba a punto de quedarse sin subsistencias.

Napoleón cesó a Augereau de manera fulminante y lo reemplazó por el mariscal MacDonald, el cual aprovisionó Barcelona con tres grandes convoyes terrestres y uno marítimo venidos de Francia en la segunda mitad de

1810. En agosto de este mismo año el mariscal se puso a la cabeza del ejército para capturar Tarragona, pero por tercera vez tuvo que desistir y repliegarse hacia Lérida, ya tomada por el general Suchet en mayo. MacDonald inició entonces sus largos *paseos* por el interior de la Cataluña insurgente, mientras se encendía un nuevo foco de lucha en la Cerdaña a partir de la ocupación de Puigcerdà por el General Gareau y la violenta contraofensiva de Milans y Campoverde.

A estas alturas parecía claro que la *Baja Cataluña* debía ser ocupada por el ejército francés de Aragón, bien dirigido y abastecido por Suchet. La plaza de Tortosa se le rindió el 1 de enero de 1811. Para aprovechar el momento psicológico, MacDonald se presentó de nuevo frente a Tarragona, cosechando un nuevo fracaso. Cansado, Napoleón decidió otorgar también el sitio de esta capital a Suchet, que lo emprendió sin más tardanza. De repente, en abril de 1811, un golpe de suerte procuró la captura del fuerte de San Fernando de Figueras por parte del guerrillero Rovira, contra el que MacDonald debió disponer un penoso bloqueo. Este hecho fortuito vigorizó el ánimo de resistencia de la población catalana, ya entonces bastante en declive. La lucha se polarizó en torno a Tarragona y Figueras; yendo de una a otra con poca organización y decisión, el capitán general Campoverde acabó perdiendo las dos. Tarragona cayó en manos napoleónicas a finales de junio de 1811, después de un asalto brutal; el fuerte de Figueras se rindió en agosto.

Por un momento, durante el verano de 1811, los generales napoleónicos consideraron que la plena ocupación de Cataluña estaba al alcance de la mano. Los ánimos de los resistentes, con casi todas las plazas perdidas, estaba bajo mínimos. El ejército regular patriota se había desintegrado, y apenas podían reunirse unos centenares de somatenes aquí y allá para frenar a Suchet, que completó su brillante trayectoria apoderándose de Montserrat. Fue el momento en que Napoleón decidió la anexión de Cataluña al Imperio, propósito que retrasó unos meses ante la opinión contraria de MacDonald.

En esta época, el dispositivo militar bonapartista en Cataluña ya se había completado. Tres divisiones ejercían el control de la *Alta Cataluña*: una, radicada en Mont-Louis, cubría la Cerdaña; la segunda tenía la sede en Figueras y vigilaba el territorio al norte del río Fluviá; la tercera, centrada en Gerona, dominaba hasta Hostalric, punto en el que comenzaba el territorio rebelde que rodeaba Barcelona y que solamente podía ser atravesado mediante fuertes contingentes de escolta. La presencia francesa en la *Baja Cataluña* estaba de hecho ceñida al dominio de las plazas fuertes que la jalaban, con un control muy precario del territorio circundante: Barcelona,

Lérida, Tortosa, Tarragona y abundantes fortines intermedios para garantizar las comunicaciones, siempre extraordinariamente problemáticas. Esta zona era responsabilidad del ejército bonapartista de Aragón², que había cedido la división Frère.

A pesar de los avances militares galos, siguió funcionando en Cataluña una especie de *dialéctica del estancamiento*: cuando el ejército napoleónico se lanzaba a una campaña, los patriotas atacaban su retaguardia y lo hacían regresar. De aquí la continua petición de aumento de tropas que enviaban a París mariscales y generales. Dominadas las plazas fuertes de la costa y de los llanos, los napoleónicos fueron incapaces en 1811 y 1812 de progresar hacia el interior montañoso donde palpitaba el corazón de la insurrección patriótica, abrigada por las fortificaciones de Solsona, Cardona, Busa y la Seo de Urgel. Y desde la segunda parte de 1812, cuando la campaña de Rusia se llevó la mitad de los efectivos franceses, éstos debieron limitarse a conservar sus posiciones en Cataluña.

Pero entonces la *dialéctica del estancamiento* se manifestó por el lado contrario. El ejército español en Cataluña, reorganizado con cierto éxito por el general Luis Lacy en los tempestuosos tiempos del verano y otoño de 1811, fue incapaz de conseguir progresos de significación con sus solas fuerzas, muy limitadas. Durante 1813 las tropas patriotas presionaron la frontera –derrotando a Quesnel en Ripoll y realizando incursiones al interior de Francia– y la línea Tarragona-Tortosa, pero no consiguieron recuperar Tarragona y ni tan siquiera Olot. El general Decaen mantuvo tenazmente las conquistas imperiales e incluso realizó algunas operaciones de comando con las que capturó importantes elementos de la resistencia. Su menguado ejército de maniobra persiguió siempre que pudo a las fuerzas patriotas, pero fracasó en julio de 1813 en la batalla del Esquirol cuando pretendía destruir el cuartel general español situado en Vic.

Eran ya tiempos de retirada. Desde Valencia, Suchet se iba replegando con orden por la costa, dejando atrás algunas guarniciones. Por fin, en marzo de 1814 traspasó el río Fluviá, al norte de Gerona, y recibió al rey Fernando VII, que regresaba para hacerse cargo del trono español.

* * * * *

La actuación militar del ejército napoleónico en Cataluña fue eficaz y a menudo brillante. Superó ampliamente a las tropas regulares patriotas en cien-

² RAMISA VERDAGUER, Matías: *Els catalans i el domini napoleònic*. Public. Abadia Montserrat, Barcelona, 1995, pp. 14-16.

cia militar, material, disciplina e instrucción. Con un número de efectivos relativamente escaso, que alcanzó como máximo los cuarenta mil hombres en los tiempos centrales de la guerra, supo mantenerse en medio de una población masivamente hostil, ocupar una tras otra las plazas fuertes del Principado, guarnecerlas y perseguir sin descanso al ejército español y a los numerosos grupos de combatientes irregulares, que le planteaban un tipo de lucha del todo novedoso al cual el mariscal MacDonald llamaba *extraña guerra*. Este ejército perdió pocas batallas a campo abierto; incluso en plena retirada, el mariscal Suchet infligió la derrota del Ordal al anglo-español en septiembre de 1813.

Los generales y oficiales que comandaban el Séptimo Cuerpo de ejército imperial en Cataluña eran militares prestigiosos con sentido de Estado y probada fidelidad napoleónica, que se habían incorporado a la milicia durante las guerras de la Revolución o un poco antes. Pero fueron fracasando uno tras otro en el objetivo de lograr el sometimiento del conjunto del Principado a causa de las grandes dificultades de la guerra en Cataluña –que acababa agriando su carácter–, de la falta de refuerzos y de sus propias rivalidades. Napoleón los fue relevando sin contemplaciones. Si salvamos la conquista de Gerona, poco hicieron avanzar las posiciones francesas la *guerra moral* del prudente y melancólico Saint Cyr en 1809, el *catalanismo* paternal y las depuraciones de los funcionarios corruptos del expansivo y crédulo Augereau en 1810, o el realismo y la amabilidad del mariscal MacDonald en 1811. Decaen, idealista y generoso, vivió en 1812 una drástica disminución de efectivos que dejó el conjunto de sus tropas en poco más de quince mil, pero a pesar de ello mantuvo las posiciones y se enfrentó con serenidad y firmeza a la táctica exterminadora del capitán general español Luis Lacy.

Por lo que parece, solo Duhesme y Suchet supieron interpretar correctamente las intenciones del emperador. El primero, rudo y muy batallador, consiguió hacer olvidar al gobierno su vida libertina y la expoliación sistemática a la que sometió la ciudad de Barcelona. Suchet deslumbró a Napoleón con su gobierno de Aragón, y con la conquista consecutiva de las plazas fuertes de la *Baja Cataluña*. En Aragón se ganó fama de buen administrador y gobernante eficaz; supo mantener la tranquilidad en la región, y sostener a sus tropas sin pedir un céntimo a París; pero en Cataluña tuvo que abandonar los mejores rasgos de su personalidad y emplearse a fondo con una dureza implacable³. Suchet acabó aquí justificando

³ Archives Nationales (París), AF IV 1625, «Compte-rendu par l'adjudant Commandant Carrion-Nisas...» (octubre 1810). CONARD, P.: *Napoléon et la Catalogne, 1808-1810*. París, Félix Alcan, 1910. MERCADER RIBA, J.: *Algunos aspectos de la administración napoleónica en tierras de Lérida*, revista «Ilerda», 1947. RECASENS COMES, J.M.: *L'administració Suchet a les comarques tarragonines*. Barcelona, 1973.

la falta de éxitos de otros generales por la guerra *tan difícil* que se libraba en el Principado.

A pesar de su eficacia militar, el ejército napoleónico en Cataluña tuvo también numerosos defectos, y fue derrotado en algunas *batallas* más trascendentales que las que se libraban sobre el terreno. Una primera debilidad la constituía su propia composición reciente y heterogénea, en la que soldados de élite debían encuadrar reclutas forzados que era necesario vigilar de cerca, y en la que se mezclaban contingentes franceses con italianos, napolitanos y westfalianos, los dos últimos de bajo valor militar y propensos a la desertión. Otro problema lo constituía el desorden y las malversaciones en la administración militar, que beneficiaba a algunos oficiales y sobre todo a los comisarios de guerra y guardaalmacenes.

Esta corrupción agravaba la constante escasez de los abastecimientos, una tercera dificultad que persiguió en todo momento a las tropas bonapartistas y que explica los sucesivos fracasos en el avance hacia la Baja Cataluña y hacia el interior. En el Principado no se pudo aplicar el lema favorito de Napoleón, *la guerre doit nourrir la guerre*. Desde el principio el gobierno galo tuvo que pagar el sueldo de las tropas —que se retrasó crónicamente desde 1812— y enviar buena parte de los suministros por medio de grandes convoyes por tierra y por mar hacia Barcelona; por tierra debían abrirse paso a través de los guerrilleros y de las tropas regulares patriotas, el mar estaba repleto de corsarios y surcado por algunas fragatas británicas.

A esto hay que añadir la extraordinaria dificultad de las comunicaciones, causadas ambas por la hostilidad persistente de la población. Los contactos entre Barcelona y Gerona eran muy arduos, pero para comunicar la capital con Tarragona o Lérida los franceses debían movilizar todas las fuerzas disponibles. Los mandos bonapartistas vivían en una incomunicación relativa, y bien pronto se perdía el rastro de una columna que se alejara de la plaza fuerte. El ejército destacado en el Principado costaba mensualmente un millón de francos, sin contar la administración civil.

Muy pronto se dieron cuenta los generales bonapartistas que, en el estado de insurrección en que se hallaba el Principado de Cataluña, era necesario cubrir el territorio de tropas para poder controlarlo eficazmente. Todos los generales en jefe enviaron peticiones de refuerzos, que raramente fueron atendidas más allá de la reposición de las bajas. Fue ésta una prioridad estratégica no resuelta, como tampoco lo fue el control de la costa catalana, por la que los patriotas contactaban con los ingleses y con el resto de España, y recibían armas y suministros. Otras líneas estratégicas del mando francés fueron la ocupación de todas las plazas fuertes —empezando por Gerona— y la implicación del ejército de Aragón en la conquista de la Baja Cataluña.

En 1811 la mayoría de las plazas ya estaban en poder de las tropas imperiales, pero no su *hinterland*. Faltaba un último paso estratégico, el control perdurable del interior montañoso, reducto y retaguardia de los patriotas insurgentes del que procedían los ataques contra las zonas sometidas y contra el mismo territorio galo. No se consiguió. En el año 1812, momento de la máxima expansión del dominio napoleónico, los franceses seguían viviendo encerrados tras sus baluartes, y no podían salir de ellos sin exponerse a recibir una puñalada o un disparo de fusil.

* * * * *

Frente al ejército imperial, potente pero dueño tan sólo del terreno que pisaba, se hallaba toda una provincia insurrecta, dirigida en lo político por la Junta Superior de Cataluña y en lo militar por el capitán general. Desde el principio de la guerra se había conseguido poner sobre las armas a diversos cuerpos de tropas corregimentales –migueletes, somatenes, soldados de reserva, partidas guerrilleras– que suplieron mal que bien la extrema escasez de soldados de línea. En los primeros meses, los migueletes (voluntarios) y los somatenes tuvieron protagonismo casi exclusivo, pero, más allá del hostigamiento sistemático, fracasaron en general ante los bonapartistas por su inexperiencia y falta de disciplina. La Junta Superior pretendió formar un ejército de 40.000 migueletes, pero no llegó a poder reunir la mitad. A partir de julio, y sobre todo a partir de octubre de 1808 fueron entrando refuerzos procedentes de otras provincias –batallones baleáricos, andaluces, castellanos, aragoneses, valencianos–, que junto a los regimientos suizos de Wimpffen y de Bertschard, y junto a los jóvenes autóctonos que la quinta arrancaba penosamente del Principado, acabaron constituyendo un verdadero ejército regular, el *Ejército de la Derecha*.

Todos los historiadores y analistas han constatado los defectos del ejército español de la Guerra de la Independencia, empezando por los mismos contemporáneos como Jovellanos o los miembros de la Regencia. Se trataba de un ejército poco preparado, con oficiales escasamente instruidos y una tropa de bajo nivel de adiestramiento y disciplina; mal aprovisionado y mal vestido por la intendencia, motivo por el cual practicaba requisas y abusos sobre la población civil que debía acogerle. Tenía graves dificultades de reclutamiento ya que los voluntarios escaseaban, la quinta obtenía un rechazo universal, la desertión y las exenciones abundaban. La heterogeneidad de los cuerpos armados no ayudaba, ni tampoco el individualismo de los generales, incapaces de coordinarse en un contexto sin unidad superior de mando y con un gobierno débil. Muchos de estos problemas eran comunes

en los países del entorno, pero los niveles de organización y eficacia del ejército español eran bastante inferiores a los de franceses y británicos.

El ejército regular de Cataluña, bien estudiado por el teniente general Andrés Cassinello en un trabajo reciente, no era diferente⁴. Algunos militares profesionales de la época que pasaron por él –como el teniente coronel Francisco Javier de Cabanes, el también teniente coronel Miguel de Haro, el mariscal José Joaquín Martí o el general José Obispo– resaltaron la indisciplina de los migueletes, el atraso en la instrucción de la tropa, la incapacidad de la misma para realizar evoluciones en el campo de batalla, las dificultades de aprovisionamiento, así como la desorganización y el rechazo de los catalanes hacia el servicio militar. En este contexto y casi sin excepción, los militares más inteligentes se pronunciaron por una táctica defensiva al estilo guerrillero, con el soporte de las plazas fuertes. Los fracasos militares, el peso de la guerra y las tensiones continuas entre la Junta Superior de Cataluña y el capitán general fueron creando también una cierta desconfianza del pueblo y sus élites para con el ejército regular de la provincia.

En general, la historiografía se ha situado a favor de los políticos y en contra de los militares, a quienes se achaca incompetencia, abusos y fracaso. La excepción han sido los historiadores procedentes del propio campo militar, como José Gómez de Arteche. Solo últimamente se está procediendo a una cierta revisión de esta postura⁵. Algunos autores empiezan a relativizar el grado de culpa de los militares en los reveses de la guerra, y destacan como factores negativos la confusión provocada por la revolución popular de 1808 en la organización del ejército, las interferencias de las Juntas en la conducción de las acciones bélicas, y la responsabilidad de las autoridades civiles en la falta de aprovisionamiento de las tropas, y en los problemas de reclutamiento y desertión.

Porque de hecho se trató de una *guerra popular*, difícil de conducir por los militares. La intervención de la opinión pública y de la Junta Superior de Cataluña en las operaciones bélicas fue constante, y siempre abogó por una táctica ofensiva de batallas campales y de grandes masas contra el enemigo, con el respaldo de la Junta Central, sin tener demasiado en cuenta la

⁴ CASSINELLO PÉREZ, Andrés: *El Primer Ejército*, ponencia en el Congreso «Ocupació i resistència a la Guerra del Francès (1808-1814)». Barcelona, octubre de 2005, vol. II, p. 683. XAVIER CABANES, Francisco: *Historia de las operaciones del Ejército de Cataluña en la guerra de la usurpación ó sea de la independencia de España*. Imprenta de la Gazeta, Tarragona, 1809, pp. 12 y ss.

⁵ Sobre la organización y eficacia del ejército español de la guerra de la Independencia pueden consultarse las obras de José Gómez de Arteche, Eduardo de Fuentes Cervera, Julio Balbín Delor, Juan José Sañudo y Ramon Salas Larrazábal, así como las referencias de G.H.Lovett, J. Fontana, Desdèvis du Dézert, E. Canales, A. Blanch y Conde de Toreno, entre otros.

ciencia militar, los problemas logísticos y la preparación de la tropa. Los fracasos que se cosecharon fueron achacados –no siempre con justicia– a los sucesivos capitanes generales, que fueron relevados uno tras otro por iniciativa de la Junta Superior. La escasa duración de los mandatos de los generales en jefe, que normalmente no llegaban al año, tampoco ayudó a la consolidación organizativa. Con el paso del tiempo, comprobada hasta la saciedad la inferioridad patriota en las batallas campales, perdidas casi todas las plazas fuertes, y fortalecido el cargo de capitán general, se fue imponiendo la táctica prudente de guerra defensiva de desgaste, que Andrés Cassinello compara con la del cónsul Quinto Fabio frente a Aníbal. Pero tampoco este sistema era capaz de detener el avance enemigo e impedir la caída de las ciudades fortificadas.

Así, ejército regular y guerrilla acabaron compartiendo la táctica en Cataluña, pero también los mandos y el aprovisionamiento y financiación. No cabe contraponer en el Principado la guerra regular y la irregular, tal como ha señalado Antonio Moliner, buen conocedor del fenómeno guerrillero⁶. Desde el principio, militares profesionales dirigieron a los miguelotes y somatenes, como Francisco Milans del Bosch, bravo, aparatoso y rústico, a veces violento, aventurero y deseoso de popularidad, que se adscribió a la ideología liberal. O como el más discreto pero no menos popular Juan Clarós y Presas, batallador constante y patriota genuino, que actuó especialmente en el Ampurdán, su tierra natal.

Otros hombres surgidos de la guerrilla acabaron obteniendo grados militares y ascendieron hasta lo más alto del escalafón. Fue el caso del canónigo Francisco Rovira, que comandó partidas de expatriados y tropas regulares en la montaña catalana, muy apreciado por sus hombres y por la población. O el de José Manso y Solá, originario de la montaña pero residente cerca de Barcelona, un verdadero caudillo popular y dirigente nato de hombres, que dejó huella entre la gente del país por su habilidad militar y honradez personal. Como a los demás, la guerra le sirvió de vehículo de ascensión social, que él especialmente supo rentabilizar en el futuro. También el de Joaquín Ibáñez Cuevas, barón de Eroles, que tenía 24 años al empezar la guerra; valeroso y ambicioso, de pensamiento absolutista, comienza en el cuerpo de voluntarios de Talarn y acaba con el bastón de mariscal. Todos ellos contribuyeron a foguear unas tropas inestables e indisciplinadas, y las convirtieron en ubicuas y en la pesadilla de los soldados franceses.

⁶ MOLINER PRADA, Antonio: *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*. Colección Adalid, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

Junto a estos militares y guerrilleros catalanes, lucharon en el Principado muchos otros oficiales españoles –algunos de ellos de origen extranjero–, como Jaime García Conde, el marqués de Lazán, Antonio Porta, Eugenio de Laguna, Agustín de Arnauda, Luis Wimpffen y Pedro Sarsfield, además de los capitanes generales. El primero de ellos fue Domingo Mariano Traggia, Marqués de Palacio, llegado de Menorca en julio de 1808 con unos millares de hombres. Amante del protocolo, algo autoritario y muy prudente –se decía de él que «el marqués de Palacio va despacio»–, usó una táctica defensiva con las pocas tropas regulares de que disponía, auxiliado por las indisciplinadas partidas irregulares. Su escasa actividad motivó a la Junta Superior a sustituirle a finales de octubre de 1808 por Juan Miguel de Vives, anterior capitán general de Mallorca.

Vives tenía experiencia militar, pero era lento, medroso e indeciso. Con un ejército regular reforzado por contingentes de otras provincias, y espolado por la Junta Superior y por la opinión popular, puso cerco a Barcelona y presentó batalla al poderoso Séptimo Cuerpo de Saint-Cyr que venía a auxiliarla. El desastre de Vives en Cardedeu y Molins de Rei fue completo; los restos de su ejército en desbandada se retiraron a Tarragona. Completamente desacreditado, fue obligado a dimitir por la Junta de Cataluña con pretexto de enfermedad, y se fue de la provincia muy resentido, prefiriendo pasar al ejército del Centro tal como le proponía la Junta Central, «donde serviré gustoso, libre de las calumnias de estos malditos catalanes, que no juzgan de las cosas sino por el resultado, sin atender que un general con tropas cobardes nada puede obrar»⁷.

Le sucedió en enero de 1809 Teodoro Reding de Biberegg, valeroso y capaz, pero bastante impulsivo. Saint-Cyr lo tenía en especial estima. La fuerza de los patriotas volvía a descansar entonces en los migueletes y somatenes. Cauteloso al principio, Reding se dedicó a organizar la quinta y la instrucción, pero la impaciencia de la opinión pública por dar un fuerte golpe a los franceses y recuperar Barcelona pudo más. Planteó combate a campo abierto a Saint-Cyr y fue derrotado en Valls en febrero, muriendo de las heridas a finales de abril. El tiempo de las grandes batallas campales había terminado. Empezaba la etapa de los sitios a las plazas fuertes.

En mayo de 1809 fué nombrado para el cargo de capitán general de Cataluña Joaquín Blake y Joyes, como siempre con el acuerdo entusiasta de la Junta Superior. Serio y circunspecto, Blake era un militar de prestigio y disfrutaba de influencia en las altas esferas. Había demostrado conocimien-

⁷ Archivo Histórico Nacional, Estado, Leg. 43/2, Exped. 56, fol. 516/2, carta de 18 enero 1809.

tos teóricos del arte de la guerra, tenía valor y era brillante en la concepción de la maniobra. Valoraba la instrucción y desconfiaba profundamente de la guerra irregular; quiso montar en Cataluña un ejército numeroso y disciplinado basado en la quinta y dividido en cuatro Legiones. Pero topó con una provincia donde la revolución popular aún estaba muy viva, y el poder civil era muy celoso de las prerrogativas adquiridas. Y sobre todo topó con el sitio de Gerona.

Gerona dominó completamente la segunda mitad del año 1809. Los catalanes, con su Junta al frente, convirtieron la ciudad heroica en un símbolo de su independencia, y se convencieron que si caía, también caía Cataluña. Propusieron nuevamente un ataque frontal y masivo contra los sitiadores napoleónicos, secundados por la Junta Central y otras personalidades relevantes. Pero esta vez Blake no cedió. Convencido de tener pocas fuerzas reales y temeroso de perder todo su ejército en una sola acción, resistió durante meses las solicitudes de la Junta Superior, cada vez más exasperada. Una vez caída Gerona en diciembre, Blake dimitió en medio de la desaprobación general. El resultado, aun sin batalla campal, fue bastante parecido: desastre humano y militar, retirada hacia el interior, desmoralización. Tampoco la táctica prudente había funcionado; los imperiales proseguirían implacables los sitios.

Después de una fuerte crisis político-militar, la capitania de Cataluña fue entregada en enero de 1810 a Enrique José O'Donnell y Anethan, hombre de la confianza de Blake que se había distinguido en Gerona. Decidido y valiente, activo y ambicioso, masón y liberal, pero bastante impulsivo y poco previsor, O'Donnell rearmó moralmente la provincia y reorganizó el ejército en base a la quinta, olvidando ya los migueletes. Tenía el apoyo de las fuerzas vivas y consiguió algunos éxitos con una táctica *fabiana* prudente, pero fue derrotado en Vic y en Margalef, y perdió Hostalric y Lérida. A pesar de cierto progreso en organización y efectivos, el ejército patriota de Cataluña siguió siendo demasiado débil, estabilizado en torno a los 20.000 efectivos y limitado por las facciones internas, la desertión y un insuperable problema de abastecimiento. No faltó tampoco el inevitable enfrentamiento del capitán general con la Junta Superior.

Otra crisis política y militar tras la dimisión de O'Donnell y la caída de Tortosa, en enero de 1811, encumbró a Luis González de Aguilar Torres, marqués de Campoverde, catapultado por una revolución radical en Tarragona. Campoverde era joven, impetuoso y carismático, pero sin especiales dotes de mando. En los seis meses de su gestión, cosechó un fracaso absoluto, con el asalto napoleónico a Tarragona en junio y la desintegración del ejército regular, que quedó reducido a 4.000 hombres.

Los contingentes de otras provincias abandonaron Cataluña, que ya casi se daba por perdida.

Pero la Junta Superior y algunos jefes militares decidieron continuar la resistencia, al lado del nuevo capitán general, Luis Lacy y Gautier, que desde julio de 1811 se dedicó otra vez al trabajo de reconstruir el ejército desde sus cenizas. Esta vez el cambio fue profundo. Se prescindió de la caballería y de la costosa carcasa de regimientos sin efectivos, se puso fin a la mezcla de soldados de diferentes provincias, se redujo el servicio militar a dos años y se adquirió el compromiso de que los alistados lucharan cerca de su lugar de origen. Surgió así el Primer Ejército, integrado en su mayor parte por reclutas de la propia Cataluña, que en octubre, ante el asombro de los franceses, ya llegaba a los 10.000 hombres.

Con él, Lacy practicó estrictamente una guerra defensiva de desgaste, igual que su sucesor, huyendo de los combates frontales, fustigando los suministros y las comunicaciones del enemigo, y recuperando las pequeñas posiciones imperiales aisladas. Pero la guerra avanzaba poco, y Lacy buscó atajos practicando también la *guerra sucia* por medio de envenenamientos, complotos, ejecuciones de prisioneros, atentados y sabotajes. Esto y el control de los suministros le acabó enfrentando a la Junta Superior. Lacy era aventurero y valeroso, liberal y masón, correcto y severo, a veces cruel, a veces insubordinado, pero siempre activo. A finales de 1812 la Junta Superior, los ingleses y los diputados catalanes en Cádiz emprendieron una campaña contra él, que acabó con su destitución por la Regencia.

El mayor logro de Lacy fue el de poder dejar un Primer Ejército de unos 20.000 efectivos a su sucesor, Francisco Copons y Méndez-Navia, conde de Tarifa. Seguía siendo demasiado pequeño e ineficaz para poder terminar la guerra en Cataluña; el impulso decisivo debería venir del exterior. Copons era un militar profesional y austero, recto e íntegro, obsesionado por la disciplina, a veces algo puntilloso, alejado de la política. Desde marzo de 1813 hasta el final de la guerra gestionó correctamente las tropas a su cargo, sin grandes éxitos pero tampoco fracasos, esperando el fin de la contienda que ya se vislumbraba. Enfrentado a su segundo el Barón de Eroles, y con tensiones puntuales con la Diputación de Cataluña en un momento de puesta en planta del liberalismo, Copons recibió a Fernando VII en marzo de 1814. Su escrupulosa fidelidad profesional al gobierno constituido le hizo caer en desgracia.

* * * * *

Los costes globales de la guerra de la Independencia en Cataluña son casi imposibles de evaluar, por el carácter fragmentario de la documenta-

ción o por su total ausencia. Es difícil saber el valor de las destrucciones, de las requisiciones de ambos ejércitos, de las pérdidas de todo tipo, y de los gastos ocasionados por el mantenimiento de las partidas irregulares. En cambio, sí que podemos aproximarnos al coste del ejército regular de Cataluña. Un estado del tesorero de este ejército Joaquín de Acosta y Montealegre⁸ arroja la cifra de casi 500 millones de reales (488.224.957 reales) entre 1809 y 1813. Mis cálculos a partir de otras fuentes me han llevado a una cifra sensiblemente superior en más de cien millones, que al añadir el año que falta asciende a unos 630 millones de reales. Es decir, un coste de casi 10 millones al mes, ratificado este último extremo por la documentación de la administración militar.

Son unos costes elevados, sin duda incrementados por la corrupción y el desbarajuste del aparato financiero. Además, aunque el documento del tesorero Acosta no lo consigna, creo que el déficit puede llegar al 58% del total; es decir, durante la guerra los ingresos registrados no llegaron a la mitad de los gastos. Este enorme déficit corresponde seguramente a las requisiciones sobre el terreno, préstamos forzados no devueltos y otras figuras financieras poco ortodoxas. La aportación del gobierno central a Cataluña durante la guerra puede estimarse, con las naturales reservas, en unos 60 millones de reales, a los que deben sumarse los suministros en especie. La escasez general y la desarticulación del Estado no daban para más.

La política

Los militares y administradores imperiales que ocupaban el territorio catalán buscaban afanosamente la política más adecuada para consolidar el dominio militar. La resistencia que encontraron en el Principado fue, según escribían a menudo, la más feroz de España; además, vieron claramente que la población presentaba unas características culturales y de mentalidad que la diferenciaban del resto del territorio español, pero pronto comprobaron que esto no jugaba a su favor. Describieron a los catalanes como una gente belicosa y fanática, de temperamento grave y cerrado por la incomunicación con el exterior y la escasa introducción de las *luces* de la Ilustración. Los vieron muy aferrados a sus costumbres y tradiciones, con un intenso patriotismo local que calificaron de *orgullo nacional*, ávidos de dinero pero laboriosos y diligentes.

⁸ Archivo Diputación Barcelona, Leg. 7 Exp. 1, «Assumptes administratius adreçats a la Diputació, gener-maig 1814». Las cifras globales de Acosta son citadas por diversos historiadores.

Los napoleónicos trataron de desentrañar el carácter catalán. Lo vieron insumiso en el pasado, propenso a la revuelta, dispuesto incluso a escoger su propio rey, pero con una conciencia clara de la inviabilidad de un estado soberano propio. Entre los catalanes, el odio al francés era un *sentimiento natural* que venía de muy lejos. El militar G. Laffaille escribía en sus memorias: «El espíritu de independencia, o si se quiere, de revuelta de los catalanes, se había hecho proverbial. El gobierno español estaba lejos de creerlo enteramente extinguido. Las precauciones que aún tomaba para comprimirlo mantenían la antigua animosidad de los catalanes contra los castellanos; pero esta animosidad no era nada comparada a su odio por los franceses»⁹. Un agente bonapartista sintetizaba así la opción que según él habían tomado entonces los habitantes de Cataluña: «por primera vez, ciertamente, los catalanes se han llamado españoles; para no ser franceses».

Frente a este pueblo belicoso, los generales y funcionarios napoleónicos pusieron en práctica dos estrategias políticas contrapuestas, la dureza y la persuasión, que combinaron eclécticamente según su propia personalidad y las circunstancias del momento. Cabe decir que la virulencia de la guerra en la provincia hizo que predominara la línea dura, grandes partidarios de la cual eran, por ejemplo, el general Duhesme y el ayudante-comandante Carrion Nisas. El primero pedía una ofensiva militar continua, y el segundo la guerra a las subsistencias, la deportación de una parte de la población, y la colonización del país con gente venida del sur de Francia. Era necesario cubrir el país de tropas, exigir el juramento de fidelidad, practicar un riguroso sistema de ocupación y *pegar fuertes golpes* que paralizaran a los insurgentes. Éste era el sistema preconizado por el mismo Napoleón.

En cambio, los mariscales Saint-Cyr, Augereau y MacDonald, el conjunto de la administración civil –con los intendentes Gérando y Chauvelin al frente– y algunos comisarios de policía como Charles Blondel y Beaumont de Brivazac, quisieron actuar con más moderación para conciliarse con el espíritu de los habitantes, siguiendo de alguna manera la táctica de Suchet en Aragón. Pedían mejorar la disciplina de las tropas y limitar los abusos sobre la población civil para rebajar el nivel de exasperación, y demostrar la superioridad del proyecto imperial fomentando la economía, implantando una administración honesta y satisfaciendo el sentimiento nacional y las costumbres locales. Se buscaba el término medio, que Carrion Nisas había definido con la expresión «ni tort ni grâce».

⁹ LAFFAILLE, G.: *Mémoires sur la campagne du Corps d'Armée des Pyrénées Orientales...* París, Anselin et Pochard, 1826.

Se intentaban medidas de integración, como la concesión de cargos subalternos a los notables, y la creación de compañías de guardias nacionales con gente del país para conservar el orden público. Y se buscaba la división del bando patriota por medio del soborno de algunos dirigentes y guerrilleros, y a través del alejamiento de los catalanes respecto de España, realizando las diferencias existentes y prometiendo la conservación de algunos símbolos y hechos diferenciales: la lengua y un hipotético pabellón nacional. El resultado práctico de las medidas de conciliación fue muy escaso. La violencia cotidiana mantuvo un muro impenetrable y alentó la ferocidad y abusos de los soldados imperiales; en general la gente rehuía los cargos si no eran obligados a la fuerza; la economía decayó hasta el último extremo con la crisis de subsistencias de 1812, y la adhesión a España se mantuvo por la lucha contra un enemigo común, los intereses económicos fortalecidos durante el siglo XVIII dentro de la monarquía hispánica, la alianza inglesa y la opción de las élites catalanas.

* * * * *

El ejército imperial tuvo que atender también a la administración de las zonas conquistadas. Para ello, instaló un precario aparato burocrático, que se fue afrancesando y perfeccionando con el tiempo. Comenzó el general Duhesme montando en Barcelona lo que el napoleonista Joan Mercader ha llamado *gobierno improvisado*, conservando la anterior organización española: capitán general, audiencia, intendente, ayuntamiento. Para ello, tuvo que ir sustituyendo a la mayor parte de los funcionarios españoles –que desaparecían gradualmente de la ciudad–, con empleados franceses o afrancesados. Mientras tanto, organizó una gigantesca expoliación de Barcelona –de la que se fueron tres cuartas partes de los habitantes– a través de la llamada *Comisión de los Emigrados*.

Saint-Cyr había dejado hacer a Duhesme. Pero la llegada a Cataluña del mariscal Augereau a finales de 1809 significó un cambio profundo de actuación. Quiso atraerse a los notables de la provincia, y para ello cortó de raíz los abusos de la corrompida administración duhesmista, e inició una política *catalanista* por medio del uso de la lengua catalana al lado del francés en la prensa y en las instituciones, así como por la concesión de algunos cargos ejecutivos a afrancesados relevantes. La depuración administrativa fue drástica: Duhesme fue destituido, y doscientos empleados fueron encarcelados e interrogados. Ello produjo un fuerte malestar en el estamento napoleónico en Cataluña; se admitían los crímenes, malversaciones e irregularidades, pero se desaprobaba la actuación del mariscal, que debili-

taba el poder imperial en la provincia. Este fue el argumento que convenció a Napoleón para destituir a Augereau.

En la etapa de Augereau se había producido otro hecho relevante. El emperador había promulgado el 8 de febrero de 1810 unos decretos que desvinculaban de la España de José I los territorios al norte del Ebro, los cuales quedaban bajo dependencia directa del gobierno francés, dirigidos por gobernadores militares. Así, los escasísimos vínculos que habían existido entre Cataluña y la monarquía josefista quedaron cortados por completo. El *experimento* catalanista de Augereau pretendía también profundizar esta separación, que daba vía libre para una nueva división territorial del Principado; sobre el papel, el mariscal lo dividió en cuatro corregimientos, el primer precedente de posteriores particiones cuatripartitas.

MacDonald prescindió del idealismo de su predecesor, demasiado audaz. Quiso presentarse a las fuerzas vivas catalanas con un programa realista y constructivo de afrancesamiento institucional, restauración económica y restablecimiento del orden. Arrinconó los cuatro corregimientos, las depuraciones y el catalanismo, y en su lugar implantó dos intendencias y una administración, un sistema judicial, unos impuestos y un método aduanero calcado del modelo francés. En teoría mejoró la organización burocrática, pero en la práctica el aparato administrativo –bastante corrupto– era un simple auxiliar del ejército, destinado sobretodo a la obtención de recursos.

Napoleón dió un paso más en relación con Cataluña. En verano de 1811, cuando ya la plena conquista del Principado parecía un hecho, se decidió por la anexión pura y simple del territorio al Imperio. La oposición del mariscal MacDonald le hizo retrasar unos meses los decretos, que al final vieron la luz el 26 de enero y el 2 de febrero de 1812, ya en la etapa del general Decaen. Se ha especulado con los motivos de esta medida de Napoleón, que disgustó enormemente al rey José e incluso a los afrancesados catalanes. Probablemente continuaba una cierta línea de la política francesa desde la antigua Marca Hispánica, pero sobre todo respondía al deseo de implantar el orden en este territorio rebelde y asegurarse sus recursos. Mercader piensa que con la anexión el emperador se *cofraba* el mínimo que consideraba imprescindible por el fracaso de su aventura hispánica, que ya entonces intuía.

Lo cierto es que la conversión *de facto* de Cataluña en una provincia francesa conllevó el consiguiente envío de personal burocrático para administrarla. Pronto llegó un alud de funcionarios galos, desvinculados del ejército, decididos a implantar en el territorio las modernas formas de gestión pública que acabarían copiando todos los estados europeos por su carácter avanzado y racional, y serían la base del derecho administrativo. El Principado fue divi-

dido en cuatro departamentos, que en general aprovechaban las infraestructuras y los límites de los anteriores corregimientos. Las capitales eran Barcelona, Gerona, Lérida y Puigcerdá. El organigrama de mando era encabezado por dos prestigiosos intendentes, el barón Joseph Marie de Gérando y el tribuno Bernard-François de Chauvelin, y cuatro prefectos jóvenes y preparados, de mentalidad liberal. Empezaba el llamado *Régimen Civil*.

Venían con espíritu optimista y reformador, convencidos que su trabajo sería vital para pacificar el territorio; era necesario regularizar la administración, eliminar los abusos de los militares –contra los que clamaron inmediatamente al gobierno– y ganarse a la población por medio del fomento de la economía, la instrucción, las obras públicas y la beneficencia. Pero pronto chocaron con la realidad. Una grave crisis de subsistencias en 1812, un país devastado por la guerra y exhausto por la fiscalidad, una falta de colaboración de las élites, una fuerte hostilidad ambiental que hacía peligroso su trabajo, y sobre todo una antipatía creciente hacia ellos de los propios militares bonapartistas. En efecto, éstos se sintieron dolidos por las denuncias de los flamantes funcionarios civiles, que desde su punto de vista realizaban una labor cómoda con mejor sueldo, mientras para ellos, los combatientes, quedaba el trabajo sucio y el desprestigio.

Los oficiales napoleónicos emprendieron una verdadera campaña contra los nuevos administradores: les recortaron el sueldo en 2/5, se negaron a entregarles las contribuciones y las requisiciones, y rehusaron colaborar con ellos y proporcionarles escolta. Decaen maltrató de palabra al propio intendente barón de Gérando. El desánimo fue haciendo mella entre los empleados del *Régimen Civil*. El 7 de marzo de 1813 un decreto redujo a la mitad el personal administrativo francés en Cataluña, sellando de hecho el final de la experiencia. Como en todas partes, el peso de la guerra había hecho fracasar una reforma administrativa que hubiera necesitado paz y un largo período para fructificar.

* * * * *

La sociedad catalana que encontraron los militares y funcionarios imperiales estaba saliendo gradualmente del feudalismo gracias al progreso económico del siglo XVIII, y sus élites se estaban impregnando poco a poco del pensamiento reformista de la Ilustración. Los dos estamentos privilegiados, nobleza y clero, mantenían una cierta posición *defensiva* dentro del cuerpo social, y no mostraban voluntad de liderazgo; en cambio, la burguesía y el conjunto de la clase media –tenderos, funcionarios, profesionales, propietarios, académicos– revelaba mayor dinamismo, iniciativa, gusto por los nego-

cios y deseos de cambio. Destacaba el sector de abogados y juristas, y lo que en general podríamos llamar *élite del conocimiento*, y se había formado un grupo de intelectuales ilustrados que apoyaba un proyecto burgués de modernización dentro de la monarquía borbónica. Entre ellos estaban Capmany, Caresmar, Terán, Romà Rossell, Finestres y los hermanos Torres Amat.

No se puede llevar demasiado lejos la contraposición entre esta clase media y los grupos privilegiados. Predominaba más la interrelación que los compartimentos estancos; los lazos familiares, profesionales o de cualquier otro tipo reunían a menudo a nobles, clérigos y burgueses para formar una élite bastante compacta, cohesionada en torno al despotismo ilustrado y el progreso económico. Las nuevas ideas no eran una exclusiva de la clase media, sino que también penetraban en la nobleza y en la iglesia, y de otro lado la creciente burguesía tampoco rechazaba valores tradicionales como la religiosidad y el ennoblecimiento.

Una muestra de la citada cohesión de las élites catalanas reside en la mentalidad relativamente homogénea de los diferentes grupos que la componían. En la segunda mitad del siglo XVIII se fue formando un pensamiento común, que se manifestó durante la Guerra de la Independencia. Su base estaba aún anclada en el Antiguo Régimen, pero la inestabilidad de finales de siglo y el impacto de la invasión francesa acentuaron el descontento y el deseo de profundas reformas del sistema, en línea con los planteamientos ilustrados: preocupación por el crecimiento económico, eliminación de trabas comerciales en el interior del Estado, proteccionismo cara al exterior, mejora de la instrucción, protección de la religión católica, limitación de los poderes del Soberano, deseo de estabilidad legal, simplificación de las jurisdicciones y de las leyes, y uniformidad de las mismas en todo el reino, creación de unas Cortes por el sistema tradicional que detentasen la facultad legislativa, voto censitario, austeridad y honradez de la administración pública, sistema fiscal más racional basado en la contribución única...En conjunto, las élites catalanas se inclinaban por un conservadurismo abierto y reformista, que a la larga entroncaría con el liberalismo moderado. Como es natural, había matices y divergencias, desde el liberalismo radical a un cierto *protocatalanismo*.

La invasión francesa provocó una crisis política e institucional que dió paso a una directa y contundente intervención popular de resistencia, dirigida por las élites. Todos los grupos sociales participaron en grado similar en la lucha contra el ocupante; puede decirse que se formó una especie de *unión sagrada*, aunque como es natural una buena parte de la población intentó quedarse al margen del conflicto. En Cataluña no hubo un patriotismo diferenciado del resto de España, se luchó por los mismos objetivos. Puede decirse

que fue un momento óptimo para la unidad española, a pesar de la desarticulación práctica del Estado y del hecho que en las provincias —y Cataluña fue un buen ejemplo— las Juntas detentaron una gran cuota del poder. De todos modos, en el Principado se mantuvo el sentimiento diferencial forjado desde la Edad Media, aunque no estaba activado políticamente. La opción de las élites era España. Todo lo más se manifestaba un tímido *provincialismo*.

La intervención popular en la insurrección causó un fuerte impacto en los grupos dirigentes. Desde entonces, éstos debieron habituarse a convivir con la presión de las masas. Se produjo, sobre todo al principio, una situación fluida y peligrosa, marcada por los disturbios, las manifestaciones e incluso los asesinatos de cargos públicos. De repente, surgieron en todas partes líderes revolucionarios radicales que intentaron dirigir la agitación popular contra las autoridades tradicionales e incluso contra las nuevas juntas: Ventura Carbonell en Ripoll, Ramón Fàbregas, Fray Baudilio y Antonio Coris en Tarragona, Sebastián Caparrós y José Roset en Tortosa, Antonio Giralt en Manresa, Ramón Gómez en Lérida.... Los radicales eran gentes de clase baja o media, y entre ellos abundaron también los eclesiásticos, e incluso algún magistrado como Vicente Ocampo.

Pero en general los radicales fueron apartados con prontitud del escenario político. El objetivo entonces no era hacer una revolución social, sino constituir una estructura política y militar contra el invasor. Por ello, las élites tradicionales fueron admitidas como dirigentes por el pueblo, previo acto de fe patriótica. La presión popular continuó durante toda la guerra, y obligó a los dirigentes a cambiar de lenguaje y de hábitos de actuación. Apareció el espíritu crítico y una cierta *opinión pública* gracias a la libertad estrenada en 1808 con el hundimiento del régimen absolutista. El pueblo se volvió exigente para con sus gobernantes políticos y militares; era el reverso del apoyo que prestaba a la causa patriótica, y las penalidades que soportaba por ello.

Ahora, la autoridad debía ganarse. El ejercicio de la política se complicó, ya no podía reducirse al *ordeno y mando*. Era necesario negociar, establecer alianzas, dar contrapartidas, atender las reclamaciones y hacer caso de las sugerencias, a veces interesadas. Debía tenerse en cuenta el equilibrio de fuerzas y prever las tendencias de futuro. Los cargos ya no eran prebendas, sino fuente inagotable de sacrificios, y frecuentemente duraban poco. El poder civil era débil y se hallaba aún poco consolidado. Y a veces se producían luchas entre los diferentes clanes locales para obtenerlo, o para ajustar cuentas, *fabricando* disturbios populares a conveniencia. En Vic estas luchas internas causaron la destitución del corregidor Antonio de Arce, y en Olot provocaron el asesinato del alcalde Ramon de Lomaña, muerto a pedradas. La disipación del poder central ocasionó en Cataluña un fuerte

fenómeno de *cantonalismo* geográfico, por el que las localidades subalternas se *rebelaron* contra las capitales.

Las élites sociales y los cargos públicos respondieron a la nueva situación de protagonismo popular, desorden y exaltación permanente, con una actitud de acomodación a las circunstancias, bien reflejada por la actuación de la Junta Superior de Cataluña, reformista y prudente, que comprendía los motivos de la agitación y procuraba apaciguarla gradualmente. Hubo también un cambio de lenguaje: empezaron a usarse profusamente las palabras «pueblo», «nación», «patria» y «revolución». Se amplió la representación de las juntas con elementos de los gremios y de la clase media, y se practicó una política interior marcada por la suavidad, más *popular*, que pasaba por alto muchos desórdenes y desobediencias, y solo recurría a la fuerza en casos extremos.

En definitiva, se tenía en cuenta lo que se interpretaba como el sentir mayoritario del país, lo que hoy día llamaríamos opinión pública. La voluntad popular empezó a usarse como argumento de peso en todos los ámbitos políticos, desde los litigios entre los corregimientos catalanes y la convocatoria del Congreso Provincial de Manresa, hasta las destituciones y nombramientos de los capitanes generales.

* * * * *

Como la mayor parte de las regiones españolas, Cataluña se desarrolló durante la guerra con una autonomía *práctica*, conducida en los aspectos políticos y económicos por su Junta Superior. Pero había un fuerte deseo de unidad frente al invasor que se plasmó en la creación de la Junta Central, en la que el Principado tuvo a dos representantes pertenecientes a la alta nobleza: Juan Antonio de Fivaller, marqués de Villel, y José Francisco de Ferrer y de Llupiá, barón de Savassona.

El barón de Savassona no tenía aptitudes para la política, y fracasó cuando fue enviado por la Central a Valencia. Era un patricio honrado pero tenía un carácter altivo, le faltaba flexibilidad y tacto para las relaciones humanas, y firmeza y coherencia en las decisiones. Todo ello le creaba antipatías y le restaba autoridad. Manifestaba un pensamiento absolutista y rígido –que más tarde le valdria el ataque de los liberales–, y estaba preocupado por el peligro de desintegración del Estado. En cambio, el marqués de Villel era un personaje más *político*, que sabía adaptarse mejor a las circunstancias. A pesar del naufragio de su gestión cuando fue destinado a Cádiz, supo conservar una buena posición dentro de la Junta Central, y sobre todo mantuvo su reputación e influencia en Cataluña, de la que se

declaraba *enamorado*. Diversos contemporáneos destacaron algunos defectos del marqués: era arrogante, indiscreto, ignorante y rancio.

La Junta Superior se formó el 18 de junio de 1808 en Lérida con un criterio de representación territorial de los 13 corregimientos, y con la triple misión de gobernar la provincia, restaurar el orden y organizar la defensa. Siguió la línea conservadora y reformista predominante en las fuerzas vivas catalanas, y gozó de una autoridad moral indiscutible. A grandes rasgos, sus directrices –consignas políticas, disposiciones sobre fiscalidad, elecciones, reclutamiento o gobierno interior– se obedecían, beneficiándose del *cierre de filas* patriótico. Pero no consiguió ni mucho menos una obediencia exacta y cotidiana, y tuvo que hacer la vista gorda a innumerables episodios de desertión, de abusos militares, de contribuciones impagadas, de insubordinación de juntas subalternas, de *cantonalismo* o de actitudes acomodaticias. Tal como se ha dicho, sus relaciones con el mando militar fueron a menudo tensas.

Durante los cuatro años y medio de vigencia, por la Junta Superior de Cataluña pasaron poco más de cincuenta personas, que en general se estrenaban en la vida pública. De ellas, una docena acabaron teniendo cierto relieve político, y saltaron de la Junta a otras instituciones como las Cortes y la Diputación. En la Junta abundaban los juristas y los propietarios, a menudo nobles, mientras que los eclesiásticos eran muy numerosos en el contingente de diputados a Cortes. Hombres indispensables de la Junta Superior fueron Antonio Barata, Ignacio Miguel de Sallés, Nicolás de Solanell, Juan Guinart, Antonio Coma y Antonio Rodon, junto a los que después pasaron a las Cortes o a la Diputación: José Espiga, Jaime Creus, Felipe Aner, Ramón Utgés, Andrés Oller, Ramón Lázaro de Dou, Francisco Ferrer y el Barón de Castellet. Un tercio de ellos eran de pensamiento decididamente liberal.

El comisario de la Junta Central en Cataluña fue el noble y militar mallorquín Tomás de Verí, personaje prudente, ilustrado y voluntarioso, que pronto fue considerado como uno más por los vocales de la Superior. Las relaciones de ésta con el gobierno español fueron siempre buenas, marcadas por el respeto y la lealtad, hasta el punto que en los momentos de crisis con los militares, el gobierno apoyaba en general a la Junta catalana. La Superior actuaba como un verdadero gobierno provincial; acuñaba moneda, cobraba los impuestos y gestionaba los asuntos políticos según su criterio, dando cuenta periódicamente al lejano gobierno central, que habitualmente aceptaba las disposiciones o peticiones de la Junta del Principado con ligeros retoques o condicionamientos.

El gobierno español, encerrado en el sur, dejaba hacer a la junta catalana, le proporcionaba legitimidad y una cierta coordinación político-militar, le enviaba los escasos recursos disponibles y sancionaba positivamente sus

iniciativas, incluidos los nombramientos militares en la primera etapa, y la celebración de los Congresos Provinciales. Las razones de esta actitud se deben a que las circunstancias no se prestaban en absoluto a un gobierno centralizado –aunque en teoría existía–, al hecho de que el gobierno podía enviar muy poco auxilio a Cataluña, y al deseo de no contrariar el activismo de la Junta y el entusiasmo patriótico de la provincia.

En cambio, los órdenes de la Junta Superior con la autoridad militar se repitieron después de cada nombramiento de capitán general. Hay que tener en cuenta el clima de agitación popular que se vivía en la primera parte de la guerra, el reciente hundimiento del aparato gubernativo y la indefinición de los organismos creados después, que chocaban unos con otros a todos los niveles. Gerona representó en 1809 la primera crisis de envergadura entre el poder político y el militar de la provincia. La Junta del Principado consiguió galvanizar a su entorno la opinión de los catalanes y la del gobierno central, frente a un mando militar temeroso e ineficaz.

En lo que restaba de la guerra, los choques con O'Donnell, Campoverde y Lacy ya tuvieron un contexto más restringido. Se asemejaron cada vez más a conflictos entre diferentes grupos de poder, en los que el conjunto de la población se sentía menos implicada. La Junta no volvió a tener un apoyo masivo como en el sitio de Gerona. En 1809 aún perduraba la movilización patriótica y el espíritu insurreccional de 1808, que después se fue atenuando.

En estas crisis, los defectos del ejército y el pretorianismo de algunos generales aparecen de forma muy clara, pero también las contradicciones de los políticos catalanes. Criticaban el exceso de oficiales y los ascensos innecesarios, pero ellos también lo practicaban con los migueletes y somatenes; ofrecían estos cuerpos paramilitares al capitán general, pero eran conscientes de su escaso valor en los combates en regla; exigían una ofensiva frontal y masiva con tropas poco preparadas, y se revolvían luego contra el general que perdía la batalla. Las interferencias de las juntas y de la opinión popular en la táctica militar concreta no siempre eran positivas. Los responsables últimos de las derrotas eran los militares, pero también el gobierno político y el conjunto social, que tenía influencia en aspectos tan importantes como la política militar, el reclutamiento, la desertión y el aprovisionamiento del ejército.

* * * * *

Veintidós diputados fueron elegidos en 1810 para representar a Cataluña en las Cortes de Cádiz, de los que poco más de la mitad actuaron realmente. Estos parlamentarios, reunidos con los comerciantes y negociantes

catalanes, formaron una especie de *colonia*, primero en la ciudad andaluza y luego en Madrid durante los últimos meses de la guerra. Su estancia en las Cortes no estuvo exenta de dificultades económicas y estrecheces. Pero la mayoría dieron lo mejor de sí en la doble función de representar a su provincia y colaborar en la tarea de edificar un nuevo sistema político, forjado en la lucha contra el invasor.

De la quincena de diputados catalanes presentes en Cádiz, la mitad participaron en los trabajos parlamentarios y se convirtieron en oradores habituales, a pesar del problema de la lengua. El más activo fue sin duda Felipe Aner de Esteve, ecuaníme e infatigable, procedente del Valle de Arán; Aner se implicó a fondo en los cargos que ocupó, y murió joven de enfermedad en 1812. El más brillante fue Antonio de Capmany, escritor y erudito bien conocido, funcionario del despotismo ilustrado. Ramón Lázaro de Dou, rector de la universidad de Cervera, no le iba muy a la zaga en preparación y oratoria. Dou era sacerdote y jurista, especialista en temas económicos y seguidor de Adam Smith; se convirtió en el portavoz oficioso del grupo catalán. Vinculado también a la universidad de Cervera como profesor de derecho canónico se hallaba Ramón Utgés, abogado de la Audiencia y parlamentario más inclinado al pragmatismo y a los aspectos técnicos.

Los cuatro nombrados hasta aquí son exponentes de un conservadurismo reformista bien presente entre las élites catalanas. A su derecha se encontraba el canónigo Jaime Creus, claro defensor de la línea tradicionalista, que en 1822 le llevaría a integrarse en la Regencia absolutista de Urgell. Y a su izquierda los dos diputados activos restantes: José Espiga y Gadea, y Juan de Balle.

Balle era abogado. Su liberalismo era claro, pero tendía a la moderación. Su principal objetivo fue la defensa de los intereses económicos catalanes, y para ello propugnó incansablemente la doctrina proteccionista; Balle sucedió a Dou como *portavoz* de los parlamentarios catalanes, y participó en la campaña de la Junta del Principado contra el capitán general Luis Lacy. Por último, Espiga se alineó con los *innovadores* del Congreso y se convirtió en una de las estrellas del mismo, al lado de Argüelles; era un discutiador hábil y sereno que transmitía visión de Estado, claridad y conciliación. De hecho, fue uno de los fundadores de la *nación* española decimonónica, y, como Capmany, no mostró el provincialismo del resto de diputados de Cataluña.

Entre los diputados inactivos –Amat, Morrós, Calvet, Lladós, Papiol, Aytés, Marqués de Tamarit, Vega, Montoliu– predominaba el conservadurismo. Parece que algunos no intervinieron en las Cortes por temor a hacer el ridículo por su acento; otros practicaban el absentismo. Pero en conjunto

los parlamentarios catalanes se esforzaron por participar en las labores del Congreso y representar a su provincia, para la que pidieron auxilios sin descanso. Preferían el contacto directo con los diferentes ministros de ramo, sin hacer mucho *ruido*, y se reunían en el domicilio de alguno de ellos para preparar las sesiones. Defendían el proteccionismo y la rebaja de la fiscalidad para Cataluña, los intereses del comercio colonial, y la unificación legislativa para toda España, con la conservación de algunas peculiaridades regionales. También el mantenimiento de una Inquisición puesta al día.

* * * * *

El tiempo disponible para mi intervención, y el aguante material del amable auditorio, no me permiten extenderme en otras consideraciones. He intentado ofrecer una síntesis de aspectos relevantes de la Guerra de Independencia en Cataluña, allí llamada también «Guerra del Francés», pero he debido dejar fuera otras facetas. He procurado hacer referencia a los dos bandos, y destacado los aspectos militares y políticos. Pero sin duda, para la gente del pueblo, la vivencia de la guerra fue más concreta y más dramática, alejada de las estrategias bélicas, de las dificultades administrativas, de la gestión política y de las luchas por el poder.

El 20 de mayo de 1809, un fuerte contingente francés de tres mil hombres atravesó el río Ter y embistió contra los acantonamientos guerrilleros en los alrededores del pueblo manufacturero de San Hipólito de Voltregá, haciendo una carnicería entre los vecinos y, según un testigo presencial, «cometiendo (.....) varios asesinatos particularmente con los ancianos, violentando las mugeres y quemando todos los efectos de las casas por las plazas y calles (...) llegando su fiera hasta dejar en el suelo muerta una infeliz Madre con su Niño al pecho». Tres años más tarde, el párroco de esta misma localidad escribía a las autoridades: «Los pudientes han satisfecho ya todas las tallas que justamente pide la justicia por la causa Pública: pero faltan muchos que, si bien antes no se consideraban en la clase de los absolutamente pobres, vemos con dolor, que á causa de la esterilidad del anyo, poco o ningun trabajo en las fabricas y officios, y enfermedades y muertes, responden con las lágrimas de sus ojos: *no puedo: no tengo*»¹⁰.

Éste era el verdadero rostro de la guerra.

¹⁰ RAMISA VERDAGUER, Matías: *La Guerra del Francès al corregiment de Vic, 1808-1814*. Eumo Editorial, Vic, 1993, pp. 97 y 121.